



Ray Loriga

Tokio ya no nos quiere

Un viaje a un futuro no muy lejano en el que una de las drogas legales es un producto químico que permite borrar de la memoria los recuerdos no deseados. En un mundo en el que se ha descubierto la vacuna contra el sida, el protagonista viaja desde Arizona al sudeste asiático envuelto en situaciones en las que el placer es la única norma.

Tokio ya no nos quiere es un libro de viajes, una novela sobre el amor, un relato onírico y lisérgico, un texto contra la memoria y la esperanza, que nos describe un mundo en el que los humanos son extranjeros de sí mismos y el miedo lo ocupa todo.

A mi mujer,
y a mi hijo

1

LA LUZ DE LA PISCINA EN MITAD
DEL DESIERTO

No nevaba.

Sí nevaba en realidad, pero era nieve de mentira. Astrud Gilberto cantaba delante de un árbol de navidad, por eso la nieve de mentira. Luego la canción se terminaba.

Desde que los periódicos dicen que el mundo se acaba, siento que las canciones son más cortas y los días más largos. He pasado por tu casa pero me han dicho que no estabas, me han dicho que estabas en otra parte, en Tokio.

Hace años que se fue. Eso es lo que me han dicho. No me sorprendería que fuera cierto.

He visto ese extraño vídeo de la Garota de Ipanema en el canal clásico. Astrud Gilberto cantando sin apenas moverse, la nieve artificial, los daiquiris, la banda, las señoritas alineadas junto al pequeño escenario.

La semana pasada, en la feria, vendieron dos coches antiguos, rojos como manos. Estábamos en Phoenix, Arizona y tu madre escribió algo en la ventana, en el cristal de la ventana y luego lo borró antes de que pudiéramos leerlo.

¿Qué crees que hacen todos ahora que no estás? Se reparten tus cosas, imitan tus gestos, deshacen tu cama.

En la habitación del hotel había flores de plástico, doscientos canales en la televisión, una moqueta verde con peces y todo tipo de dibujos fantásticos, estaba cansado y los ojos se me cerraban, así que dormí tres o cuatro horas y luego me desperté, abrí las cortinas y estuve mirando los aviones hasta que se hizo de día.

Vi a tu madre en Phoenix por casualidad y me dijo que deberíamos llevarte flores y yo dije que no, que no deberíamos. Luego subí al hotel, me di un baño, me dormí un

rato y después me quedé mirando los aviones. Tu madre sólo apuesta a la ruleta y jura que gana, jura que gana más de lo que juega y tiene buen aspecto para ser una mujer que ha probado suerte en cinco continentes distintos y que ahora juega sola en Phoenix, Arizona, y escribe cosas en las ventanas con el dedo y luego las borra con el puño. Buena mujer tu madre, y guapa, buenas tetas también, graciosa, alegre. Apuesta y gana, ahí es nada.

A dormir otra vez mi amor y a mirar los aviones.

Nada de flores.

Buenas noches.

A las diez de la mañana he bajado por el periódico pero luego me he quedado en el bar bebiendo una cerveza sin alcohol, un hombre me ha preguntado por ti y le he dicho que estabas muerta, que habías muerto, no es verdad, claro, pero algo hay que decir. Muerta en un accidente. ¿Un accidente de coche? No, de coche no.

En la piscina había dos niñas iguales con bañadores iguales, amarillos. Cuando una se tiraba al agua la otra salía fuera, de forma que siempre estaba la misma niña dentro y fuera del agua al mismo tiempo.

A las doce he vuelto a tumbarme en la cama pero no me he dormido. La habitación estaba helada.

En Puerto Rico pasé tres días en una habitación aún peor, tuve que abrir las ventanas para que entrase el calor. Ésta no estaba tan fría. En el casino de Puerto Rico también vi a tu madre, y en uno de esos casinos flotantes de Nueva Orleans. Ella no me vio. En Puerto Rico, en Nueva Orleans sí. El Mississippi es marrón. No sé por qué pero pensé que sería diferente. Ah, resulta que me llamó el abogado y me dijo que si sabía cómo encontrarte debería encontrarte y decirte que algunos papeles necesitan urgentemente tu firma. Y yo le dije que no sabía cómo encontrarte y que además, probablemente habías muerto en un accidente y eso

último alarmó al abogado enormemente y preguntó: ¿Un accidente de coche?, y yo simplemente le dije: No, de coche no.

El Mississippi es marrón porque arrastra a su paso toda esa tierra, porque es un río enérgico y nervioso y largo y ancho y marrón. Un buen río en cualquier caso. Después de hablar con el abogado bajé otra vez al bar y al pasar por la piscina ni rastro de las niñas, así que me tomé un daiquiri o un mojito o las dos cosas y todo empezó a mejorar tan deprisa que estuve por subir a por el bañador y celebrarlo pero luego, no sé por qué, no lo hice y seguí bebiendo hasta las tres o las cuatro, hasta que alguien me propuso ir a visitar las reservas, en realidad, y me pareció buena idea porque yo no sé conducir, lo que por otra parte es casi un pecado en este país, pero sé que hay mucho que ver en Arizona. Así que al rato estábamos en la carretera, los tres, un apache gordito y su novia, una apache gordita, y yo.

Kayenta.

Bienvenidos a Kayenta. Muchas gracias. ¿Es usted extranjero? Sí, sí que lo soy extranjero del todo. Al menos aquí. ¿Es usted soltero? Viudo.

A comer. Así que estamos comiendo y aparece este hombretón grande y moreno con tirantes y patillas y me dice que es español y yo le digo que mira qué bien y él me dice que es familia del Cid, ahí es nada, y yo me sorprendo, me sorprendo de verdad y el hombre casi se enfada y yo le digo que me sorprendo, desde luego, pero que no lo dudo y él me dice que no hay por qué y luego su novia, que es india, saca unas tortillas de maíz y rellenos mejicanos, con pollo, carne mechada y guacamole. Y mis amigos apaches, que no saben quién es el Cid, se lo zampan todo en un segundo y luego piden más, y más cerveza, y luego tequila y luego otra vez cerveza y así hasta que el hombretón nos trae la cuenta y yo lo pago todo.

Volvemos al coche y damos una vuelta por el pueblo, que es un pueblo enano con casas prefabricadas y un mall

y uno de esos comedores sociales americanos tan parecidos a los que vimos en el este antes de la caída del comunismo y que aquí se llaman macdonalds.

La pobreza en América es de colores, como la casa internacional del panqueque.

Seguimos camino de Fort Apache y atravesamos unas magníficas montañas y un magnífico bosque y hasta un magnífico lago, fumamos hierba y me preguntan esto y lo otro y yo igual, quiero decir que yo también les pregunto algunas cosas y llegamos hasta la ciudad, pasamos el casino, me acuerdo de tu madre y pienso que estaría bien encontrarla allí, en el único casino apache de la tierra y luego, no sé por qué, estoy seguro de que está dentro y decido que no vamos a parar. La gente nos mira. En realidad unos nos miran y otros no, pero he dicho eso para abreviar y para dejar claro que algunos sí nos miran.

La casa es un poco mejor que las casas de Kayenta pero una birria de todas maneras y el chico me explica que es una birria regalada por la Seguridad Social y yo le digo que eso la convierte en una birria estupenda y lo digo honestamente.

Mis amigos apaches tienen la televisión más grande del mundo y un póster de Gerónimo colgado encima a la derecha y un póster de Johnny Hallyday colgado encima a la izquierda. Fumamos más hierba y bebemos cerveza. Cuando se acaba la cerveza ella va al coche y trae otra caja que debía estar en el maletero y que está caliente, pero no pasa nada, y nos la bebemos también. Cuando se termina la hierba el chico sale y oigo que arranca el coche y se va y al rato vuelve y mientras ha estado fuera mi amiga apache y yo apenas hemos hablado.

Ella me ha preguntado por mi mujer y yo le he dicho que mi mujer está muerta.

Ella se ha puesto muy triste así que le he dicho que en realidad no, que es una broma.

Ella se ha enfadado muchísimo y ha dicho que es una broma horrible y yo no he tenido más remedio estar de acuerdo.

¿Qué habrá sido de aquella chica de Hong Kong que vivía en una tienda rodeada de cubos y bandejas y cestas y palanganas de plástico de todos los colores?

Mi amigo el apache no sabe de qué le hablo. Estamos sentados fumando junto a la presa. Se oyen dos disparos. Cazadores de patos, dice mi amigo. Luego pasa otro indio en una barca. Sonríe. Nosotros también sonreímos.

Se hace de noche y luego se hace de día. La chica ha desaparecido, ahora hay un perro muy grande y dos niños sentados delante de la televisión. Mi amigo me dice que son sus hermanos y que tiene otro hermano mayor que está en la cárcel. ¿Por qué? Por entrar en una tienda de licores con una escopeta. También tiene una hermana que está casada con un navajo. Al decir navajo pone cara de asco. Los apaches y los navajos, al parecer, no se llevan demasiado bien. Los navajos son vagos, los apaches no. Bueno es saberlo.

Cuando entramos en Phoenix son las cinco o las seis de la tarde.

La chica de Hong Kong, la de la tienda de cacharros de plástico, se sentaba junto a la ventana y en lugar de mirar los colores de dentro miraba los colores de fuera.

Detrás de la caja registradora había una foto de una chica, aún más guapa, vestida con un kimono verde, apoyada en una barandilla blanca sobre la que había un jarrón de porcelana con flores rojas y amarillas. Evidentemente la chica de la foto y la chica de la tienda, sentada, junto a la ventana eran la misma chica.

Esta mañana me he despertado con un grito, al salir al pasillo he visto a un hombre pequeño vestido con un traje de alpaca, he cerrado la puerta y he vuelto a la cama. No

sé si el hombre tenía algo que ver con el grito. Encima del televisor hay una foto de una mujer negra desnuda, exactamente la misma foto que tenía la habitación del cocinero de *El resplandor*, ese que cruzaba el país bajo una tormenta de nieve infernal para que Jack Nicholson le clavase un hacha en el corazón nada más entrar por la puerta.

De hecho esta habitación y la habitación de aquel hombre son casi idénticas, las paredes cubiertas con listones finos de madera y la moqueta roja.

La televisión está encendida, en la televisión sale un hombre parecido al hombre que acabo de ver en el pasillo.

Esta mañana todo son coincidencias.

Por cierto, no es verdad que las mujeres me encuentren aburrido porque ayer me subí una mujer a la habitación y no hizo más que reírse. Rondaba los cuarenta y no era guapa pero tenía buen cuerpo, al menos vestida, no llegué a verla desnuda porque habíamos bebido mucho, sobre todo yo. Cuando salió de la habitación todavía se reía y la oí reírse hasta que cogió el ascensor.

De hecho me dormí con su risa y me desperté con el grito.

En la piscina había un montón de gente y me ha extrañado ver solamente a una de las niñas iguales.

No he desayunado. Me he tomado una cerveza sin alcohol y luego otra con alcohol.

Ayer dijeron en la televisión que éste ha sido el más caluroso y al mismo tiempo el más frío mes de enero del último siglo.

La tristeza no tiene fin, la felicidad sí.

Esta mañana he recibido un mensaje de la compañía, quieren que vuelva a Brasil. Dicen que es necesario.

Necesario siempre me ha parecido una palabra exagerada.

Dicen que nuestro hombre en Río ha desaparecido, dicen que necesitan a alguien para el carnaval. La gente siempre hace todo lo que no debe durante el carnaval y después necesitan la ayuda de la química para olvidarlo todo.

He jurado no volver al carnaval.

No recuerdo bien cómo terminaba Orfeo, la película de Marcel Camus, la chica se electrocutaba y todo se volvía rojo. Luego Orfeo, vestido más o menos de romano, iba al hospital y corría por las escaleras y el hospital estaba lleno de víctimas del carnaval. ¿No fue en el aeropuerto de São Paulo donde me quitaron la maleta y todo el material precisamente por un error de la compañía? Sí señor, allí fue. Me echaron los perros encima por una sospecha infundada, la química vigila y la química se cree que lo sabe todo, pero la química también se equivoca y ahora quieren que vuelva, no señor, a Río no. Me la trae floja el carnaval.

Así que nuestro hombre en Río se ha adentrado en lo que queda de selva con su maleta debajo del brazo. No le han visto venir a ése, tiene química para un año. Luego aparecerá comandando una tribu de vengativos indígenas como aquel pobre que sublevó media Argelia para acabar achicharrado por los integristas en la frontera marroquí. Ya me acuerdo, Orfeo encontraba a Eurídice en la morgue y se llevaba en brazos y le cantaba canciones. Luego le atizaban una pedrada en la cabeza y se despeñaba.

Que te sirva de aviso.

Al final los niños hacían salir el sol tocando la guitarra.

Tucson celebra la feria del diamante, lo cual debería ser bueno. Un viajante de diamantes me ha ofrecido cambiar su maleta por la mía, los dos nos hemos reído mucho.

Hoy es lunes. Trabajaré la feria hasta el viernes.

Lo malo de las ferias son las putas. Putas en el ascensor, putas en el pasillo, putas por todas partes, también chicos

entrando y saliendo de los bungalows como corrientes de aire. Una vendedora de gemas me ha invitado a cenar, era francesa y tenía una pareja viviendo en su cuarto, un granjero rubio y grande y una mejicana bastante guapa, los tenía allí esperando igual que yo dejo siempre la televisión encendida, hemos cenado, hemos bebido, me ha comprado una dosis masiva de erosión de memoria, hemos subido a su cuarto y a mí me ha tocado el granjero, no ha estado mal, mi hotel está cerca así que por lo menos me he duchado en mi habitación. Al pasar por la piscina me ha parecido ver algo en el fondo y de pronto me he acordado de un tipo que se ahogó en el lago de un campo de golf tratando de recuperar pelotas perdidas para venderlas luego por un tercio de su precio.

Por supuesto en la piscina no había nada.

Tucson está lleno de palmeras y las palmeras siempre me ponen de buen humor.

No sé cuántos vendedores de diamantes hay en el mundo pero están todos aquí. He cerrado otras cinco ventas. MCP en su mayoría, reducción de memoria a corto plazo. Luego he paseado un poco y a la cama, Ah, me he bebido una botella de champán.

No he tenido más remedio que bajar a la piscina para asegurarme de que no había nadie en el fondo.

Mensaje urgente de la compañía. Al parecer mi hermana se ha suicidado con una escopeta de caza. Lo raro es que no recuerdo tener ninguna hermana. En casa se preguntan si asistiré al entierro. Yo me pregunto lo mismo.

El viernes antes de salir de Tucson pasé el control. Negativo. Aun así, como siempre, me puse nervioso. Supongo que soy la clase de persona que al ver en televisión el retrato robot de un asesino se encuentra siempre algún absurdo parecido. El hotel por cierto era de lo más elegante. El baño, azul celeste y la moqueta de la habitación, amarilla. Muy bonito, sí señor. Creo que ya había estado aquí antes pero no hay manera de estar seguro. Me dicen en la com-

pañía que mi decisión de renunciar a la plaza de Río en vísperas del carnaval no es acertada. Qué le vamos a hacer. Por cierto, ¿te dice algo un coche de policía polaco aparcado frente a un cementerio? Es algo que he soñado esta noche y no sé por qué pero me parece que ya lo había soñado antes.

No sería extraño, el mismo hotel, el mismo sueño.

Febrero en Arizona, no demasiado frío siempre que uno se mantenga lejos de las montañas durante el día y lejos del desierto por la noche. Temperaturas más que agradables en Phoenix y bastante jaleo por culpa de la final de la liga de fútbol americano. Gente de todo el mundo y los sombreros más extraños. Nada que olvidar por el momento, así que paso la noche en Sedona camino de Flagstaff y al bajar del autobús con un grupo de turistas ingleses lo primero que hago es tomarme una cerveza bien fría en uno de esos diners de latón que aún resisten desde los años cincuenta. Tortitas y helados de todos los colores y paletos con la mirada perdida a medio camino entre la sospecha y la más absoluta ignorancia. Asesinos miopes como los que vimos en los pantanos de Louisiana, agarrados al final de su rifle con la misma fe de un hombre agarrado a una rama al borde de un precipicio. Otra cerveza fría mientras se pone el sol en la bella Sedona, rodeada de piedra roja, hundida en el cañón rojo, cubierta por un inmenso ciclo rojo. En fin, la perla del desierto. Un pequeño pueblo al pie de río muerto lleno de moteles vacíos, porque el turismo no se anima hasta la primavera, cuando la ruta hacia el cañón del Colorado se convierte en el principal destino de la región. Sólo hay dos cines en Sedona, así que no me cuesta demasiado elegir la película. Me siento en la sala muy dispuesto, pero antes de que un extraño monstruo salido del infierno destrozase San Diego, me quedo dormido tranquilamente. Después pasan un montón de cosas extrañas y tremendamente

aburridas como todas las cosas que pasan sólo en los sueños, ya sean dragones en el tejado o volcanes debajo de la cama.

Cuando me despierto la película aún no ha terminado pero yo, por supuesto, ya he perdido el hilo, así que dejo el cine por la salida de emergencia y salgo a la calle, que es la calle principal de Sedona y casi la única porque Sedona es uno de esos pueblecitos atravesados por una carretera que va a otro sitio. Un pueblo de paso cortado por la mitad como una naranja. Ya es de noche y apenas hay luna, las rocas alrededor del pueblo ya no son rojas sino negras como un montón de encapuchados. Cruzo la carretera hasta el diner, que es el único bar que sigue abierto. Me tomo una cerveza y el camarero me pregunta qué tal la película, y yo le digo que bien, por decir algo, y él me dice que está harto de monstruos y que aún recuerda cuando en las películas salía gente de verdad y también me cuenta que una vez, su mujer, que en paz descansa, recorrió a pie todo el camino entre Sedona y el lago Moctezuma para verlo y que él trabajaba en la construcción del aeropuerto junto al lago y que muchos indios y blancos se dejaron los riñones trabajando en el maldito aeropuerto para que luego un político de Phoenix decidiera cancelar las obras apenas un año antes de la inauguración.

Por supuesto le pregunto cómo murió su mujer y él, sin ponerse especialmente triste, me dice que su mujer murió en el parto de su segunda hija y que su segunda hija se llama Helen y que la primera se llama Andrea y que sin dudarlo ni un segundo daría su vida por ellas.

Camino de Sedona por la Carretera 17 se ven los restos del aeropuerto abandonado. Hay por lo menos veinte kilómetros entre Sedona y las pistas vacías.

Luego, antes de que me vaya, el camarero que está al otro lado de la barra le dice al último cliente:

Han sido dos años terribles.

El otro hombre, que lleva una gorra de pesca, con anzuelos clavados alrededor de una cinta, y tiene edad suficiente para ser mi padre, no contesta. Sólo baja la cabeza, como dando a entender que sí, que efectivamente han sido días terribles.

Los turistas ingleses se han instalado en el hotel gran Sedona a la salida del pueblo, que es donde paran siempre los grupos porque es más barato y porque al amanecer la vista de las colinas rojas es magnífica. Yo me he quedado en los bungalows del valle, donde van los jugadores de golf o los que ya conocen la vista. Los bungalows son mucho mejores, no sólo la comida y el servicio, también los canales de pago en la televisión y por supuesto las falsas chimeneas. Llamas que suben y bajan al otro lado del cristal con sólo apretar un botón en el mando a distancia. Todas las casitas simulan chozas de adobe pero una vez dentro hay que andarse con cuidado para no caerse dentro del inmenso jakuzzi. Una botellita de whisky y a la cama. En la televisión he visto a un hombre llorando en el juicio de su hija asesinada. El hombre estaba contando algo sobre la niña, ha dicho su nombre, Molly, seis o siete veces pero al llegar a una palabra no ha podido seguir. El fiscal le ha preguntado si faltaba algo en la habitación de la niña. El hombre ha contestado que al principio no notaron nada pero que después, revisando entre los juguetes y la ropa de la niña, habían sido incapaces de encontrar su... ahí es donde no ha podido más y se ha puesto a llorar y ha llorado tanto que el juez ha tenido que suspender temporalmente la vista.

Por supuesto me duermo pensando en qué sería lo que aquel pobre hombre no era capaz de decir y por qué no lo encontraron.

Cuando me despierto aún estoy pensando en lo mismo.

¿Qué tal en Flagstaff?